

LA JUVENTUD Y LA ÉPOCA: TEMERIDAD Y COBARDÍA. Patologías de la individualización en el joven contemporáneo*

YOUTH AND AGE: RECKLESS AND COWARDICE. Pathology of the individualism in the contemporary young person

José Fernando Velásquez V.

Médico y Cirujano, Especialista en Psiquiatría y Especialista en Niños con énfasis en Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Psicoanalista, Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. AMP y de la Nueva Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Nel. Sede Medellín.

Correspondencia:
jfvv@une.net.co

RESUMEN

En el presente artículo se revisa el concepto de juventud desde diferentes ángulos teóricos, se examinan los procesos psíquicos que se dan durante esta etapa vital. Se reconoce lo particular de la época contemporánea para contextualizar la situación del joven como sujeto que responde a las condiciones del discurso del presente. Finalmente, se enumeran y revisan las patologías psíquicas de la juventud de hoy a nivel individual, así como en la conformación de la pareja y en el establecimiento del grupo familiar.

Palabras clave: Juventud, Época contemporánea, Patologías psíquicas de la juventud.

*

Este artículo es una adaptación de la conferencia con el mismo nombre presentada en el Seminario Nacional de Jóvenes en Contexto, realizado por ASCUN en mayo de 2008 en la ciudad de Medellín.

ABSTRACT

This paper reviews the youth concept from different theoretical views. It examines the psychological processes occurred during this important stage of life and the particular facts of the contemporary time to put into context the position of the young person as a subject that responds to the requirements of the current discourse. Finally, the individual psychological pathologies of today's youth are listed and reviewed, as well as the couple and familiar formation.

Key words: Adolescence, Adolescent psychology, Adolescent pathologies, Contemporary age, Youth.

El concepto de juventud: ¿qué la caracteriza?

La ley de Juventud en Colombia (Ley 375 de 1997) define a la juventud como la población entre 14 y 26 años de edad (Bonilla, 2005). Se estima que en Colombia hay entre 8 y 10 millones de jóvenes (2005). Sin embargo, la juventud en términos sociológicos, antropológicos y psíquicos se define de una manera menos cronológica.

Juventud “no es más que una palabra”, dice Pierre Bourdieu (1990). Con esa frase lo que quiso decir es que la juventud es una construcción ideológica que emerge históricamente al establecerse una etapa de la vida entre la infancia y la adultez en virtud de determinadas necesidades de reproducción social, que se asocia con un cambio psicobiológico en los individuos; un proceso en el que el individuo empieza a considerarse un ser humano productivo y además responsable de sí mismo. Roberto Brito dice que “la juventud se inicia con la

capacidad del individuo para reproducir la especie, y culmina cuando adquiere la capacidad para reproducir la sociedad” (1996). En la juventud se vive un proceso que Ulrich Beck, sociólogo, llama la individualización (1998), el cual tiende a la institucionalización y estandarización de las situaciones de vida de un individuo: define sus opciones sobre formación, profesión, trabajo, lugar de residencia, elección de pareja, cantidad de hijos, etc. Para este autor, la individualización significa el proceso por el cual un sujeto construye su propia biografía al margen de pautas previas.

Sigmund Freud (1914) abrevia la definición cuando señala que la juventud de un sujeto está enmarcada por una característica: el apartamiento del padre. Aunque la figura del padre esté menos reconocida en la actualidad de lo que era en la época freudiana, el joven de hoy se aparta del discurso familiar que lo hace un sujeto infantil, que lo objetaliza, y se aparta en la medida que enfrenta el otro discurso,

el de afuera, el de la calle, el de la realidad, que lo confronta con la incertidumbre y el azar. El sujeto se lanza a responder a la presión que experimenta como demanda de autonomía, pero a la vez, con idéntica intensidad, está acosado por los deseos de pertenecer a algo y tener sus propias raíces. Es por esta ambivalencia que aparecen rasgos de cobardía y también de temeridad.

La construcción que el joven tiene que hacer se realiza contando con dos elementos:

1. Primero, lo que ha logrado capitalizar en su infancia y adolescencia. Las identificaciones que trae serán su materia prima. Los esfuerzos de creencia en sí mismo están apoyados en elementos familiares, vecinales. Sus armas son sus propias ficciones, mentiras historiadas, las tradiciones y mitos familiares con los que hasta ahora ha sobrevivido. Entonces debe preguntarse si rompe con ellos, los conserva y cuales conserva. Dejar el pensamiento mítico, imitativo y cercano, para vérselas con sus propios impulsos, con los modos nuevos de vivir los afectos y emociones, positivas y negativas, su capacidad de tolerar la frustración, etc. No se trata en cualquier caso de una disolución de lo infantil, porque comprobamos, desde la clínica, que ese territorio persigue siempre al ser humano. Pero durante esta etapa se pondrán en cuestión los vínculos con lo familiar en el sentido de dependencias en la subsistencia y dominio tradicionales; el joven constata una pérdida de seguridades tradicionales o entrará en la dimensión de desencanto frente a ellas.

2. El segundo viene por medio de un

Otro externo, que no es una persona en particular, sino que es la “Integral” (figura matemática) conformada por la cultura, las condiciones sociales y las oportunidades. El sujeto joven trata de afirmarse fuera del mundo familiar, lucha por lograr una identidad y la mide a través de la competencia, el éxito, el poder de seducción sobre un *partenaire* sexual, la fuerza, la aprobación de otros y sobre todo por su solvencia para ser feliz; y debe hacerlo con la puesta ya a punto del pensamiento analítico, interpretativo y abstracto. Entonces podemos ver que se trata de un proceso condicionado desde las instituciones sociales que obligan a los jóvenes a desarrollar su propia biografía y su vida individual, al depender del mercado estudiantil, laboral, de las condiciones de vida, del consumo, de las regulaciones sociales.

Como resultante entre estas dos condiciones, aparece una intermedia: Para compensar la angustia entre la temeridad y la cobardía, el joven se crea un espacio nuevo, un nuevo tipo de cohesión social mediante la creación de grupos que pueden tener diferentes constituciones: bandas, pandillas, barra de amigos, tribus o simplemente “parches”. Son espacios para construirse a partir de un modo de estar juntos, para socializar la independencia que se vaya teniendo, la masculinidad o la feminidad que se empieza a reconocer, la conquista del afuera, las primeras experiencias, lo corporal y hasta las formas de pensamiento. La búsqueda experimental de estos grupos se guía según el tipo de rasgos con los cuales se identifica, del nivel de aprobación y aceptación de otros. Se trata de comunidades vinculadas a opiniones

transitorias inconsistentes, de carácter gregario, que se cohesionan por identificaciones definidas y excluyentes; hay algunas que son mucho más fuertes, llamadas por la sociología “tribus”, que tácitamente exigen obediencia y pérdida de autonomía, a cambio de la pertenencia que ofrece. Tribus urbanas como las que hay en el ámbito de las conductas sexuales (bisexuales, homosexuales, heterosexuales, etc.), los gustos musicales (techo, góticos, metal, hip hop, tecno electrónica), las inclinaciones artísticas, deportivas o culturales, las creencias religiosas o las ideologías (harlistas, barras bravas, skinheads, satánicos, etc.). Esto puede llegar a condiciones extremas en las que algo que es inicialmente marginal, a ese sujeto se le hace central para su existencia. Esta formación de subculturas de los jóvenes, que se observa en la vida cotidiana, hay que leerla en este contexto psíquico: ante la caída o licuefacción, como diría Zygmunt Bauman (2003), de los grandes semblantes y “Amos” de las últimas décadas (la familia, la religión, la empresa, la tradición local), todos estos son intentos del sujeto para establecer una serie de vivencias de carácter autónomo contra los estilos patriarcales y adultocéntricos, aunque algunos sean solo su reproducción más extrema (como los grupos de delincuentes).

Las definiciones de la juventud tienen una implicación sobre la que llamo la atención: el individuo joven quedará “impregnado” por el resto de su existencia de las consecuencias que tengan las decisiones que ha tomado, incluso cuando éstas no se han dado conscientemente, o cuando ese joven ha carecido de alternativas.

Lo particular de la época.

La subjetividad cambia con la época y con las condiciones externas. El sujeto contemporáneo no es el mismo que el de la época cartesiana, ni freudiana, ni el de la psiquiatría moderna (años 50 a 70 del siglo pasado) porque ha cambiado ese Otro que mencioné antes. Expondré brevemente lo particular de la época actual, la llamada “era de la globalización”:

1. La sociedad ha dejado su imagen paternal, ya no provee los bienes ni los ideales necesarios para una vida, como lo hacían la familia, la tradición, la religión o el empleo en una empresa. La saturación y el rebosamiento de los grandes modelos, como ser padre, ser madre, tener o pertenecer a una empresa o a una misma religión, ha generado un vacío. La seguridad y otros aspectos de la vida humana han entrado en el ámbito del “hágalo usted mismo”, “invéntelo”. Se le exige al sujeto flexibilidad, que sea creativo en la búsqueda de supervivencia, a confiar en su propio coraje y asumir la culpa de su propia debilidad si sufre o si no tiene lo que quiere.

2. Somos ahora el “*homo urbanus*”. La existencia de millones de personas apiñadas en gigantescos centros urbanos es un fenómeno nuevo. Por primera vez en la historia, según las Naciones Unidas, la mayoría de los seres humanos está viviendo en megaciudades con poblaciones de 10 millones de habitantes o más.

3. Estamos frente a la acentuación del presente, todo se vuelve inmediatamente desactualizado y ello facilita que el consumo pase a regir prácticamente todos los hábitos

socioculturales con su oferta de felicidad. Se propagan de forma acelerada las transformaciones tecnológicas informáticas y digitales, mientras que el capitalismo se fortalece con el exceso de producción y el fomento del consumo sin límites. Un simple ejemplo puede dar cuenta de ello: en el año 1998, apenas hace una década, casi nadie estaba conectado a Internet ni tenía celulares.

4. Los jóvenes son los principales compradores de *gadgets*, los vemos en todo momento averiguando por los más nuevos o comparando los que cada uno tiene. La palabra "*gadget*" es una palabra del inglés que alude al objeto tecnológico ingenioso, divertido y nuevo, producido en gran escala y cuyo destino es el consumo. Son automáticos y crean una ilusión de autocontrol, de control del entorno. Influyen y modifican las relaciones entre las personas, generando nuevas modalidades de bienestar y de malestar. Es difícil escapar de la fascinación de su funcionalidad y eso hace que se vuelvan indispensables. Estos artefactos electrónicos inteligentes se han convertido en algo parecido al espejo de la madrastra de Blancanieves: algo que a la mirada propia y de los otros, supuestamente refleja lo que somos.

5. La globalización de los mercados está provocando profundos cambios. A nivel geopolítico se debilita el protagonismo de los Estados nacionales: el foco de las estrategias de mercado está compuesto por consumidores ya no distribuidos en poblaciones nacionales sino segmentadas en términos estrictamente mercadotécnicos; cada producto se ofrece a los consumidores

pertenecientes a los segmentos de mercado previamente difundidos como consumidor *target* (público objetivo, grupo objetivo, mercado objetivo o mercado meta). Los ejecutivos globales viven en un lugar virtual demarcado por su dirección electrónica y el número de su celular, independiente del lugar real en que se encuentren. La fuerza de trabajo asalariado se ha devaluado: la misma cantidad de años de escolaridad valen menos hoy a nivel salarial que hace dos décadas; ahora cualquier trabajo es por contratos y la inseguridad en el trabajo en lugar de mitigarse con el paso del tiempo laboral, aumenta. La credibilidad y la certificación hoy se obtienen a través de la evaluación de competencias y todos quieren ser competitivos: doble lengua, maestrías o doctorados, perfil moldeable, etc. La función de las empresas ya no es la de guiar, regular y controlar a sus empleados, ahora es al revés, compete a los empleados probar su capacidad, demostrar que aportan valores de los que carecen otros empleados.

6. La evaluación es una nueva autoridad que se sostiene en la idea de que todas las disciplinas han de ser calculables, matematizables, previsibles. Su caballo de batalla son los protocolos. Hoy en día para todo hay protocolos, para admitir un nuevo empleado, para atender un paciente o un cliente, para manejar una emergencia en la empresa. El protocolo se pretende el instrumento perfecto para el control de la calidad; es lo que ha de permitir que una experiencia se repita de forma idéntica, inmutable. Son también efectos de la globalización, porque la empresa que tiene la casa matriz en Chile, quiere que sus filiales en

Colombia puedan seguir el mismo modelo. Ahora cada profesional es evaluado a nivel estadístico por sus resultados.

7. Nada parece quedar fuera de la información, el control y del poder del comercio, el cual modela la subjetividad con el poder de los medios de publicidad que hablan de lo que quiere venderse, recomiendan métodos y ofrecen dispositivos especializados para cada situación en que pueda encontrarse un sujeto. La sociedad comercial desarrolló una serie de dispositivos destinados a modelar no solo los cuerpos, sino también las mentalidades, siguiendo un perfil, un *kit*, con el que puede venderse a una empresa, a un *partenaire* sexual o a un grupo social. El sujeto promovido por los medios es ahora un “adultescente”, también conocido como “kidult”: “joven, nuevo y diferente”, quien tiene una estética establecida y la identidad se la da el consumo de determinados bienes: comidas rápidas, cuerpo y belleza, fútbol, turismo, música, moda y la rumba urbana nocturna. Es este el lugar para los ídolos y las celebridades que constantemente llenan los espacios de farándula con respuestas sobre ellos mismos. Son ídolos que la gente necesita para alimentar un sentimiento de seguridad y garantizar que la inestabilidad y cualquier desgracia no son desastres porque algunos que las han tenido, ahora brillan y han conquistado la felicidad.

Lo particular del sujeto joven de la época

Frente a lo particular de la época, los procesos particulares que se dan en el psiquismo afectan principalmente a los

sujetos niños y jóvenes, pero un joven es quien más los realiza porque tiene ya cierta individuación e independencia que se lo permiten. Advierto que estas características a las que me refiero no son de todos los jóvenes, pero si son fenómenos que llaman la atención por su aparición y manifestación que en ocasiones llega a ser incisiva y cruel.

Estamos celebrando 40 años de una de las últimas utopías de los movimientos sociales, el movimiento estudiantil de mayo de 1968. Era otra época, el malestar en la cultura estaba determinado por los referentes tradicionales que operaban y constituían diques infranqueables al empuje y desborde pulsional del sujeto. La culpa, la angustia, el síntoma, la inhibición y la vergüenza eran algunos de los efectos de esos límites. Los jóvenes se levantaron contra el “establecimiento” y propugnaron por un gran cambio social, que en parte hoy vivimos; los años 70 se caracterizaron en América Latina por los movimientos revolucionarios orientados hacia el cambio social, que terminó con la degradación de los proyectos políticos; luego, en los años 80 vimos aparecer bandas de sicarios y pandillas en los barrios marginados; y en los últimos tiempos hemos asistido a la llegada de fenómenos de violencias como el vandalismo, las barras bravas en el fútbol, actitudes xenofóbicas y encargados de hacer la mal llamada “limpieza social”, en que se hallan implicados jóvenes que no pertenecen a las clases más desfavorecidas.

Hoy, la generación de los jóvenes está inmersa en las políticas de mercado, son consumidores expertos de gustos globales, son hijos de la televisión,

la Internet y el video. El goce se destaca por el exceso, no se topa con las barreras de contención que antes había, porque la hipermodernidad se ha abierto al “todo es posible”; es posible hacer todo y cualquier cosa de mi goce, de mis objetos y de los semejantes, tomándolos como objetos. Un joven contemporáneo tiene los conocimientos para la recepción y comprensión de las indicaciones y lemas de todos esos nuevos códigos; es como una unidad reproductora por excelencia a nivel de lo productivo, de lo sexual, del lenguaje y de las nuevas costumbres. Por primera vez en la historia los jóvenes tienen más competencias que sus padres y maestros, en los campos como el saber y las tecnologías comunicativas.

Hay una erosión de las fronteras entre lo real y lo virtual. El sujeto joven puede seleccionar el rasgo que desee en un mercado ampliamente surtido para satisfacer cualquier interés o extravagancia; incluso puede hacerlo desde su casa, en la pantalla del computador y con la Internet. En el ciberespacio puede hablar e intercambiar ideas con gente con la que conversa diariamente, con la que puede tener una relación bastante íntima pero que puede que nunca conozca físicamente; puede encontrar sexo virtual y hasta matrimonio; puede inventarse a sí mismo sobre la marcha a través de un “*nicks*”, (los alias con el que se presenta en la realidad virtual). Desde la clínica podemos afirmar que esta búsqueda de experiencias no siempre implica un proceso de construcción de individualización, porque lo que vemos es que los sujetos buscan, compran, se unen, experimentan en la realidad virtual,

mientras están en la otra realidad, detenidos, sin que su mentalidad se mueva de un estado de ostracismo autoerótico, generando, eso sí, un vacío central en su existencia real, que se acrecienta por la soledad, las inhibiciones y miedos.

El riesgo, lo extremo, lo peligroso, asociado al deporte, a la experimentación, a cualquier reto, pareciera una mezcla de intrepidez, emociones intensas, sangre fría y adrenalina; mezcla explosiva pero divertida, atractiva y espectacular. El placer de gozar, el significado de vencer, de superar el miedo y salirse de la rutina desafiando la muerte, han hecho que algunas prácticas ganen terreno en el mundo del joven. Y esto parece que puede ser trasladado a la relación interpersonal: el riesgo con el que se asumen las relaciones afectivas, los desafíos laborales, dan un carácter inestable a los lazos donde “nadie, ni ningún lugar, se convierte en un testigo de por vida de la historia de una persona”.

Un nuevo fenómeno social en el joven es la desinstitucionalización familiar, religiosa, laboral, o de pertenencia a un lugar; y con este fenómeno adviene otro: la socialización de la inseguridad. En la medida en que los jóvenes quedan cada vez más separados de los lazos familiares y sociales por la progresiva individualización y privatización, se da un proceso de prevalencia de lo presente y de lo privado, en el que las formas de percepción son individuales y a-históricas; se vive un sentimiento de precariedad en la seguridad a nivel social y de incertidumbre respecto al futuro. De esto se lamentan los padres de los jóvenes en los consultorios, se

quejan porque ya no hay las redes sociales que antes servían de marco, de seguridad.

En el campo laboral los jóvenes se encuentran con la descentralización del lugar de trabajo, que genera nuevas formas de subocupaciones flexibles y múltiples; cada vez es más frecuente que los jóvenes trabajen bajo condiciones “no normales” o con contratos con terceros; los elementos de los que se compone la vida laboral son poco predecibles, la competencia cada vez es mayor y la seguridad social queda cada vez más en la responsabilidad del propio sujeto.

Otra característica de la subjetividad del momento es el voyeurismo generalizado. La obscenidad de lo visible está por encima de la información o de la comunicación, basta mirar un noticiero, la carátula de cualquier revista o las páginas de Internet más exitosas. La imagen se impone mientras que el mensaje va ahí colgado y casi no tiene importancia. Hay una devaluación del lenguaje de la palabra para dar un lugar predominante al lenguaje de la imagen y de la música. Mirar se convierte en una fuente de satisfacción que hoy más que nunca se alimenta y multiplica por los *gadgets* modernos.

Voy a dar cuenta de esto en tres campos aplicados:

1. El primero tiene que ver con el valor que hoy tiene el cuerpo, el cuerpo visible es un centro de significaciones muy valorizado por la cultura actual; entonces, ha surgido la necesidad de que cada uno arme en ese cuerpo la imagen deseada como el “instrumento con el que se va a ser”, y para ello

cuenta con el apoyo de muchas técnicas, mercados e intereses económicos. Así es que, el cuerpo producido es visto, se muestra, provoca la mirada del otro, despierta el deseo o el rechazo, impacta, en ocasiones, vende. Hay espejos y cámaras no solo en los roperos, también en los gimnasios, almacenes, en la Internet, y es por esa mirada permanente sobre el sujeto, que hay angustia: a toda hora el sujeto contemporáneo se siente observado.

2. Segundo, el intercambio creciente, entre los jóvenes, a través de todo tipo de medios digitales, de imágenes relativas a peleas y agresiones (como la que difundieron los noticieros en el que un grupo de siete muchachos, la toma contra una compañera, la agreden en todas las formas, mientras filman, para luego montarlo en “You tube”, y que todo el mundo se entere. O los grupos de jóvenes alemanes que se golpean entre ellos con todo tipo de objetos y se filman, también para enviar el video por Internet). Este hecho confirma que la violencia hoy es una fuente de goce que requiere de la escena misma y la fascinación que produce entre unos (actores) y otros (espectadores).

3. Tercero, los *reality shows*, en los que la frontera entre lo público y lo privado se borra. Aquello que en otro momento exigía la más preciada intimidad, por lo que tenía de singular y propio, ahora conserva su valor a condición de hacerse público. Grandes medios le compran a usted el derecho a su intimidad y lo montan en los medios para que todo el mundo pueda verlos; que esto se haga, no es tanto lo que llama la atención sabiendo qué es lo que mueve a los medios, lo que es

interesante, son los miles de personas, principalmente jóvenes, que desean participar de ellos. Si antes la vergüenza era el afecto que delataba, en la actualidad el reto que viene tomando forma es la desinhibición, mostrarse a cielo abierto y conseguir con ese impudor un trofeo, un breve instante de gloria con el que se pueda destacar entre el anonimato del conjunto.

Patologías de la juventud

El joven pertenece a un grupo de alta vulnerabilidad, dadas las condiciones de incertidumbre con que debe enfrentar los retos de la vida, padecer las restricciones económicas, revolver dificultades para continuar su proceso de capacitación; él vacila frente a las opciones que tiene y cuando llega al mercado laboral es recibido con escepticismo. Pero lo peor es que en su condición de joven no es considerado interlocutor válido, y en términos reales tiene menos acceso a las formas tradicionales de poder.

1. Un primer problema para el joven es la segregación, que, sin ser en sí misma una patología, se convierte en la principal complicación de cualquier patología. Es muy común que el otro que está investido de referente simbólico, padre, madre, profesor, jefe, etc., no sepa cómo ocupar su función frente al joven, y entonces la declina, renuncia a ocupar ese lugar. Así el “haga lo que se le dé la gana” es llevado al extremo, o como me dijo el padre de un joven: “ese ya está preñadorcito y no se deja mandar”. A veces no por rechazo, o fatiga, porque eso al menos es signo de un deseo, sino porque el padre o la madre están tan

desorientados, ocupados o sonámbulos como lo está el mismo joven; es decir, “anda cada uno en su propio cuento”. En la dimensión más allá de lo familiar, el Estado o el discurso público, lo que hacen comúnmente con los jóvenes es agruparlos en paquetes socialmente sintomáticos: “drogadictos”, “bandas juveniles”, “los del Lleras”, “punkeros”, “universitarios”, “jóvenes en conflicto”, etc., lo que los consigna en la posición de objeto de intervención, y no de sujetos responsables y con derechos.

Se estima que de los ocho a diez millones de jóvenes que hay en Colombia, la gran mayoría tiene una situación epidemiológica y de salud pública que no es para nada alentadora: Uno de cada cinco es víctima de alguna forma de violencia, uno de cada tres no tiene condiciones económicas mínimas para una vida digna y sólo uno de cada diez llega a la Universidad. El estudio de la CEPAL-OIJ (Comisión Económica para América Latina y el Caribe - Organización Iberoamericana de juventud) del 2004, refiere varias paradojas de la situación de los jóvenes en América latina durante el último quinquenio:

Hay mayor acceso a la educación y menor acceso al empleo; más acceso a información y menos acceso al poder; expectativas más altas de autonomía y menos opciones de materialización; mejor provisión de salud pero menos reconocimiento en su morbilidad específica; mayor ductilidad y movilidad, pero más vulnerabilidad a las trayectorias migratorias inciertas; cohesionados como grupo, pero más

impermeabilidad hacia fuera; más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos de éste; ambigüedad como receptores pasivos de política y protagonistas del cambio; beneficiados por la expansión del consumo simbólico y perjudicados por la restricción en el consumo material; autodeterminación y protagonismo, por una parte, y precariedad y desmovilización por otra (Abad, 2005).

Esto en América Latina, y en Colombia la situación descrita se agrava porque la mayor parte de la población joven está expuesta como partícipe o víctima del conflicto armado que hoy se vive; y, particularmente, los jóvenes implicados en el conflicto o desplazados por él son los que cargan con todos los vicios y desapegos de la población más pobre y marginada, sin ninguna formación política que los oriente, con serios problemas de resentimiento y adaptación social, sin sentido de la disciplina: lo que fácilmente los arroja a las más diversas estrategias de sobrevivencia, entre ellas, la pertenencia a una banda como forma primaria de organización social donde se sienten reconocidos, protegidos y acompañados; segregación que los hace disponibles para oficios impensados, generando el crecimiento exponencial de la economía informal, el subempleo y el aumento de la criminalidad. Alistarse en cualquier organización armada o negocio ilegal es una forma de hacerse a un trabajo, hacer parte de la tradición de venganzas ancestrales que con ellos se renueva, y hacerle frente a un contexto de desesperanza social y económica.

2. Lo que corroboramos en la clínica es que allí donde las condiciones de la propia vida son interrumpidas, frenadas, limitadas, el proceso de construcción de individualidad del sujeto joven no se puede dar de forma habitual y se expone a varios riesgos:

- El pasaje al acto: se define con esta nominación, actos precipitados que un sujeto realiza, sin que medie la razón o la lógica, los cuales marcan un antes y un después en la vida de ese sujeto. Son, por ejemplo, un embarazo temprano, no sólo como accidente, sino como elección; la rápida conformación de una pareja sintomática (compañero sentimental, droga, oficio, etc.); o el pasaje al acto, por excelencia, el suicidio. El joven en estas circunstancias vive un proceso que se apoya, ya no en el Ideal, sino en una voluntad impulsiva individual. Se trata de romper con el Otro social o tradicional sin importar el pudor ni la vergüenza. El 20 de Abril de 1999, en Columbine, se desató la violencia en un colegio, y le sucedieron en todo el mundo hechos similares, entre las que estuvo las masacres en Virginia T. y en la Patagonia. En la primera, podemos recorrer los instantes previos a la masacre a través de la película *Elephant* (2003):

Dos amigos solos en una casa, uno de ellos toca en piano *Para Elisa* de Beethoven, otro juega un *videogame*, de pronto llega una encomienda y todo se desencadena, es un rifle, lo prueban en el garaje, y dicen que mañana es el día; aparecen con ropa de combate armados hasta los dientes, van al

colegio, nadie se sorprende nadie los detiene, llegan al pasillo central y antes de comenzar la masacre, uno le dice al otro “¡Diviértete!. No hay un delirio mesiánico, ni ningún sentido en juego.

“Si alguien le encontró sentido a la vida, por favor escríbalo aquí”, fue la frase escrita en el pupitre que usaba Junior, el chico que mató a tres de sus compañeros e hirió a otros cinco en esa escuela patagónica”.

Estas masacres realizadas por jóvenes y contra jóvenes, son el testimonio de que no es la miseria material lo que causa un gusto suicida en una generación, y que los jóvenes no tienen ninguna relación fácil con la vida.

- La parálisis del sujeto que no sale al mundo o, lo que es lo mismo, el que se queda en una adolescencia tardía, como débil, mantenido, detrás de cualquier excusa. La incapacidad de superar fronteras paralizan al sujeto y entonces hace existir para él una cárcel, un carcelero y también un destino tipo condena. Son frecuentes en este grupo los jóvenes con enfermedades mentales, discapacidades intelectuales o físicas y los adictos.
- La clínica contemporánea es una clínica de la neo-segregación, la mono-sintomaticidad, porque los sujetos vienen a consulta con una insignia identificatoria: soy depresivo, soy emo, tengo ataques de pánico, soy hiperactivo, soy gay, le hago al Popper, soy anoréxica. En estas situaciones se sale de un campo familiar, para meterse en un

“círculo de tiza” que encierra y fija al sujeto en una posición, un patrón o modelo que elimina todas las demás dimensiones de la existencia; salir por una identificación pero sin identidad, es decir, salir sin salir. Desde el psicoanálisis, la identidad sólo se logra cuando el sujeto toma cierta distancia de lo familiar, de la comunidad o de la tribu, y mantiene su libertad y su seguridad a pesar de todas las tentativas de fundirlas en identificaciones pasajeras. El fenómeno de las identificaciones transitorias puede leerse como un hacer prevalecer como forma de identidad, una en la que hay toxicidad y odio como respuesta a otro. Para ejemplificar esto, quiero hablarles de algo que vemos en la clínica: jóvenes que se han inventado un discurso amistoso con la muerte, tanto que perturba a quienes están a su alrededor; llevan al extremo la independencia incluso con el mañana, eso no les importa; lo fundamental para ellos es una encarnación del no ser, no vivir, de lo insoportable, que elevan al rango de lo ideal; se hacen poetas del dolor y de la muerte; son hijos de la modernidad y de la crisis, del desencanto social y familiar; son sujetos que han perdido las referencias simbólicas paterna o materna, o están definitivamente en la otra orilla para dar cuenta de su no consentimiento a nada social.

- El síntoma en el cuerpo y la sexualidad. Las expectativas culturales actuales estarían contribuyendo a los trastornos de la imagen corporal y de alimentación por el culto a la imagen: ahora se suman a los ya tradicionales

(anorexia, bulimia), la vigorexia (obsesión por lograr una musculatura, probablemente utilizando esteroides y anabólicos), la ortorexia (síndrome del comedor selectivo de alimentos “correctos” o “puros”), entre otros. Este tipo de pacientes no vienen a consulta en forma espontánea sino que llegan remitidos por sus padres o por el médico general cuando se ha producido un trastorno metabólico o un desmayo, por ejemplo. Comer sano y hacer deportes son formas de vida ligadas a ideales éticos y estéticos, y adquieren carácter de patología cuando se convierten en un ideal fanático, en motivo de desvelo, y adquieren una importancia exagerada para un sujeto, a tal punto que su conducta se hace un distintivo que le da identidad. Por tanto, el tratamiento que muchos jóvenes hacen del cuerpo no busca la excitación placentera, sino la angustia aterrizante, por eso no se trata para ellos de un asunto de erotismo, sino de sadismo.

- Paralelo a la atención desmedida por el cuerpo, se da también un lugar importante a la sexualidad. Antes se culpabilizaba la sexualidad, pero ahora se la considera un derecho y se puede hacer con ella lo que se quiera. Muchos jóvenes la están viviendo como si estuviera asociada a prácticas de consumo, reduciéndola a intercambio entre genitales o convirtiendo el cuerpo a objeto de compraventa. Muchas veces hablan de sus conquistas centrándose en la actuación, lo que hicieron, cómo lo hicieron, cuántas veces lo hicieron y no en lo que

sintieron y percibieron. Es incoherente que frente a la supuesta libertad sexual que hoy se vive, la pornografía sea tan rentable, la prostitución tan requerida y las consultas por problemas sexuales, principalmente en jóvenes mujeres, tan frecuente. O sea que la desaparición de los prejuicios no ha disminuido la insatisfacción, la mercantilización del sexo. Ello responde a las características de la época: el aislamiento, la angustia, el autismo del goce. Nos encontramos en estos sujetos con la dificultad para reconstruir la sexualidad como motor de vida, germen de autoestima, posibilidad de crecimiento y de individualización.

- La clínica nos muestra a jóvenes expuestos al agotamiento y con la necesidad de mantener la pasión viva, dispuesta a conectarse permanentemente a nuevas emociones. El estimulante, el *doping*, da cuenta de unas formas de salida de la angustia que aqueja al joven contemporáneo en el momento en que se encuentra con sus pares, pretendiendo tener un mejor performance: estar mejor a la vista de otros, estar más excitado (porque se tomó un viagra o un éxtasis), estar en condiciones para funcionar mejor frente al otro. Viene entonces a instalarse la tiranía de un determinado goce: heroína, otras drogas, internet y todas sus posibilidades, juego y también la compulsión al consumo, la ansiedad por visitar los centros comerciales, por renovar sin necesidad.

- La angustia y la depresión: Los especialistas calculan que alrededor de 15% de la población mundial que habite este siglo, sufrirá depresión, la cual será la segunda patología más frecuente en el milenio: “El mal del siglo” como la califica la OMS. Es paradójico, aunque estamos más comunicados, a la vez estamos más solos. Esta nueva condición humana puede describirse en términos de “tristeza tecnológica”, expresión que viene al lugar que hoy tiene la palabra “depresión”, que salió del campo psiquiátrico y pasó a hacer parte de las revistas de peluquería.
- Los jóvenes representan 47% del total de los desempleados en el mundo (Vargas, 2005). El estrés laboral es una fuente de angustia, de competitividad, de evaluación de rendimientos. El esfuerzo laboral se ha transformado en una lucha cotidiana por la supervivencia. Los empleados son fustigados por su propio horror a la inseguridad endémica. Ya no hay tanta neurosis provocada por conflictos con figuras de autoridad, sino que lo que vemos son las depresiones y los ataques de pánico, por no estar a la altura o por no lograr que se vea su aporte o rendimiento determinado.
- Los problemas mencionados y otros, son síntomas que el mercado y la ciencia a su servicio ofrecen controlar con medicamentos. Aldous Huxley, (2007) en su novela *Un mundo feliz*, relata que la droga “soma” era tomada regularmente para permanecer felices, calmos y políticamente pasivos. Esos medicamentos se usan en muchos casos y de manera creciente para tratar cuadros que no son patológicos sino normales. Antidepresivos, ansiolíticos, el Viagra, la Ritalina, anticomulsivos se convierten en medicamentos que ahora hay que incluir en la canasta familiar.
- Desde la clínica vemos que hay sujetos rodeados de *gadgets*, que confiesan no poder disfrutar de lo que tanto desearon y con tanto esfuerzo obtuvieron; y un segundo fenómeno, en el que la fusión entre el sujeto y la técnica llega a ser de tal naturaleza que produce una dependencia total de la existencia a esos medios, mientras tienen cerrada la puerta a lo imprevisible, tienen olvidado el poder de la palabra, de los afectos, las emociones y del encuentro; no se confrontan con las limitaciones derivadas de la materialidad del cuerpo, del desencuentro entre seres hablantes y con goces diferentes. Hablar cara a cara con alguien con feromonas, sin saber qué decir por anticipado, teniendo que improvisar rápido y “leer” el lenguaje de ese cuerpo que está al frente, está camino a convertirse, para algunos, en una destreza del pasado que deberá ser enseñada especialmente. Pero ahí viene la solución: El nuevo celular de Nokia viene con una serie de mensajes convencionales pregrabados que se puede usar para responder a alguien sin tener que teclear. Las frases dicen lo habitual: “la reunión todavía no ha terminado”; “te llamaré en cuanto pueda”, y cosas como “yo también te quiero”. Tengamos presente que podemos desnaturalizar los sentimientos y las

relaciones hasta el punto de que incluso las mentiras de amor sean electrónicas.

En cuanto a los problemas de frente a la individualización en la pareja y la familia:

- El modelo de masculinidad y feminidad se rompió, así protesten los padres y la sociedad grite alarmada; no hay algo que sea mayoría. Hoy cabría hablar de un varón desorientado, de una mujer exploradora, y, cada vez más frecuente, un "modelo" en el que predomina la bisexualidad. Las certezas, una herramienta esencialmente masculina para manejarse en el mundo, han desaparecido, para dar paso a la incertidumbre. El estereotipo del varón definitivamente instalado en el mundo externo, competidor, calculador, controlador, ejecutivo, decidido, físicamente fuerte, racional y, visto desde la contracara, impiadoso, insensible, acorazado, ya es escaso. También el modelo "femenino" de ternura, receptividad, sensibilidad, pasividad, vulnerabilidad, disminuye. En sujetos cada vez más jóvenes, adherirse a uno y otro patrón es un proceso sintomático, como una exploración que se hace con dificultades, con temores, con trabas impuestas por la tradición, con dudas, con fracasos y, en ciertos casos, también con urgencias.
- Cuando se forma una familia también se confronta el modo de asumir los roles: el papel de proveedor económico que estaba destinado al varón y que, si bien lo

privaba de experiencias emocionales, le daba poder en el plano familiar y social, ha probado no ser una exclusividad masculina. Por necesidad o por elección, las mujeres se muestran como productoras y proveedoras económicas, y, en la mayoría de las veces, con mayor estabilidad y éxito que los varones. En los nuevos modelos familiares desaparecieron los roles rígidos con funciones estrechas y, por lo tanto, el lugar del padre ya no puede ser ejercido mediante la aplicación automática de la autoridad. Debe ser reocupado, redefinido y resignificado mediante una presencia activa, física y emocional, para la cual los hombres adultos de hoy carecen, en su mayoría, de modelos traídos de su experiencia como hijos. En la medida en que ambos cónyuges desarrollan sus propias biografías individualizadas, no queda claro cómo van a organizar su vida cotidiana en conjunto. Dentro de una pareja este tipo de problemas tiene una importancia enorme y tiene efectos sobre todas las ramificaciones de la vida cotidiana, empezando por los asuntos del amor y la sexualidad, quién es el responsable de los niños, quién se encarga de llevar los quehaceres diarios de la casa, quién decide la movilidad cuando a uno lo trasladan a otra ciudad, etc. En una familia de jóvenes, al principio, todo es consenso y conversación, pero sostener esto es difícil porque hay campos donde no se sabe cómo proceder, que dan cuenta de lo compleja que se ha vuelto la vida cotidiana y la sensibilidad con la que se manejan estos asuntos: Sí uno se

conduce de una forma puede ser interpretado por el otro como que no lo valora o, incluso, como que lo desprecia. Muchos jóvenes no son conscientes de lo difícil que es esta tarea que cada uno enfrenta, cuando decide casarse. Las probabilidades de que la familia sobreviva se hacen más escasas cada año. Muchos solo ven las cosas dentro de una perspectiva narcisista, lo inicial, la boda, los invitados, el *shower*, el nuevo apartamento, la sexualidad tranquila, la independencia y hasta la curiosidad por la tenencia de un hijo. Otros, por el contrario, se afincan en que eso no es con ellos, vivir en pareja implica que el rango de libertad es menor, porque te vas a topar con las exigencias, demandas y derechos de la pareja o más allá, del hijo. Cada vez es más frecuente encontrar en consulta sujetos jóvenes que deben velar por los hijos de la pareja anterior, la emoción de la nueva pareja y la repetición de los mismos problemas de la primera, las quejas de unos sobre otros sobre este individualismo se han multiplicado; hombres, mujeres e incluso los hijos siguen, cada uno, el modelo de la vida autodefinida.

- En Colombia muchas parejas se constituyen a partir de un hijo. Hay hombres que descubren su mundo emocional y se hacen protagonistas de ese mundo cuando nace su hijo. La paternidad parece tener para el varón una poderosa cualidad de desafío que lo transforma. Por el contrario, muchas mujeres jóvenes entran en crisis con su maternidad, se han multiplicado los estados

depresivos postparto, los enganches que hacen de sus hijos, objetos de su goce, inutilizándolos y haciéndolos débiles.

A modo de conclusión

Para quien trabaje con jóvenes es importante darse cuenta lo difícil, fascinante, y también creativo y arriesgado que es este proceso de construcción de la individualización del joven. Identificar los aspectos a partir de los cuales cada joven intenta enlazarse a otros, sus estrategias para construir lazo social, sus modos de lograr una inscripción en el mundo, sus maneras de superar las dificultades, permite saber mucho de ellos mismos. Este proceso de construcción como ser humano no es del todo libre porque el sujeto no puede determinar sus opciones y vivencias, sino que, en la mayoría de las veces, es una disposición insondable que va armándose como un sentido, una realidad y una verdad para cada uno, diferente de la de otros.

Podría formular dos advertencias para el que trabaje en clínica con jóvenes, una es la de mantenerse a distancia de ciertas tentaciones moralizantes que fácilmente caen sobre ellos; y dos, que la invitación que se le haga al joven, tenga en cuenta las invenciones que él mismo hace para darse un lugar particular en la existencia social.

Y otra advertencia para el propio sujeto joven: es importante que no pase ese momento de su vida como un sonámbulo (hay muchas formas de dormir, no solo con la droga o la idiotez); que se mantenga con los ojos bien abiertos, que sepa que requiere

meditar sobre sí mismo y sobre el sueño con el cual la civilización quiere ubicarlo en un lazo social y productivo, o en el lugar de un objeto que consume y que es consumido; que sepa despertar del cuento que la sociedad del espectáculo, de las imágenes, de las pantallas y de los *mass medias* le proponen; que vea los condicionamientos que le vienen desde fuera, desde el mundo social; que

comprenda la parte que de él mismo pone en juego, de su tradición, de sus prejuicios y de su historia, y qué a pesar del miedo que produce lo nuevo, concluya en una elección sobre qué es lo que arriesga en el acto de salir al mundo y cuál es el punto en el cual se apoya su apuesta, un punto que lo entusiasme y proteja de la fascinación depresiva y angustiada de lo contemporáneo que lo arrastra.

REFERENCIAS

- Abad, José Miguel. (2005). “La situación de la juventud en América latina: Las realidades del capitalismo contras las falsas paradojas del análisis burgués”. *Revista fundamentos*, 24, 7-13.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, Ulrich. (1998). *La sociedad de Riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Bonilla, Ricardo. (2005) “Juventud: El camino a la madurez”. *Revista Javeriana*, 717, 14 - 24.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Ed. Grijalbo.
- Brito, R. L. (1996). Hacia una sociología de la juventud. *Revista Jóvenes*, 1 (1).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe - Organización Iberoamericana de juventud. (2004). “La juventud en Iberoamérica: tendencias y urgencias”. CEPAL: Chile.
- Elephant. (2003). Gus Van Sant. Producida por Meno Film Company / Blue Relief.
- Freud, S. (1980). “Sobre la psicología del colegial”. *Obras Completas*. Amorrortu editores. Buenos Aires.
- Huxley, Aldous. (2007). *Un mundo feliz*. Traducción Ramón Hernández. Colección Diamante. Barcelona: Editorial Edhasa.
- Vargas N. Silvia. (2005). “Camarón que se duerme...”. *Revista Javeriana*, 717.

Artículo recibido: Junio de 2008
Artículo aceptado: Marzo de 2009